«Calvino rastreó en esta zona oscura de nuestra existencia que yace oculta detrás de nuestros sentimientos y pensamientos, buscando en las grietas, en las profundidades y abismos del espíritu». Y más adelante: «Su mente experimentó un cambio profundo. Se convirtió en la mente más compleja, laberíntica, envolvente y arquitectónica de toda la literatura moderna italiana...

Recordando a Italo Calvino

EL SOL Y LA LUNA

Natalia Ginzburg

I

La primera vez que le vi sólo tenía treintaitrés años; casi un chiquillo. Y ahora me doy cuenta de que en realidad nunca he dejado de verlo como a un chiquillo. Nunca pensé que podría hacerse mayor, transformarse en un hombre viejo flácido y con el pelo cano. Y, para decir la verdad, a los treintaitrés años no era muy distinto de cómo fue después. El tiempo marcó las arrugas horizontales de su frente con mayor profundidad, y blanqueó algo sus sienes; pero en su aspecto físico, muy poco más. De joven era enjuto, erguido y de movimientos rápidos, y así permaneció.

Por muy erguido y recto que se mantuviese, incluso de joven, tenía la costumbre de inclinarse ligeramente hacia delante en algunas ocasiones, de hacerse un ovillo para defenderse de los asuntos demasiado entrometidos. Cuando era joven también tenía tendencia a tartamudear: en realidad, nunca lo perdió del todo, pero de joven su tartamudeo era más pronunciado. A menudo parecía extraer las palabras de algún bolsillo secreto, o arrancarlas de un secreto fardo de palabras; a medida que hablaba, tropezaba con ellas, fruncía ligeramente el ceño y bajaba la mirada hacia sus manos entrelazadas, con una especie de perplejidad irónica y obstinada, como si estuviera haciendo una imitación de sí mismo. Pero por muy despacio y esforzadamente que hablara, nada en su pensamiento, ni en cualquier otra actividad, delataba el más mínimo esfuerzo o lentitud; el esfuerzo, la lentitud y la tartamudez eran una manera de no tomarse en serio, ni a sí mismo ni a los otros, formaban parte de su vida. Cuando le conocí, este tartamudeo, medio real medio fingido me sobrecogió como algo extraordinariamente alegre y divertido; tenía el don maravilloso de reírse continuamente de sí mismo, de los demás, y de la infinita variedad de colas peludas y escamosas que las palabras arrastran tras de sí.

II

Conocí a Calvino durante el invierno de 1946 en las oficinas de la editorial Einaudi. Estaba de pie, junto a la estufa, en el pasillo. Era un día gris y oscuro. Nevaba y las luces del pasillo estaban encendidas. La estufa era una de esas de cerámica de Castellamonte que dejan unas marcas rojas en las manos si se tocan. Calvino trabajaba en *L'Unitá* y se había dejado caer por ahí, al azar, probablemente a recoger libros para reseñar en su periódico. En aquellos tiempos éramos muy pocos los que trabajábamos en Einaudi, y todavía esperábamos que Pavese regresara de Roma, donde había estado viviendo durante unos meses, Calvino y yo nos quedamos una eternidad junto a la estufa, allí de pie, hablando: sólo el cielo sabe por qué no cogimos unas sillas.

Recuerdo muy bien la estufa, y la nieve, cayendo fuera; pero no puedo recordar de qué hablamos. De narraciones breves, supongo. Calvino había escrito una, *Andata al comando*, y se la había mandado a Vittorini para su revista *Politécnico*. Vittorini le había contestado poniendo algunos reparos. En aquel entonces, mi ídolo era Hemingway, y yo sabía que también lo era de Calvino; cualquiera de nosotros hubiera dado diez años de su vida a cambio de haber escrito la narración de Hemingway titulada *Montañas como elefantes blancos*.

Poco después, Pavese regresó de Roma, Calvino y él se hicieron amigos. *Andata al comando* se publicó debidamente en el *Politécnico*. Y Calvino, influido por Pavese, según creo yo, dejó *L'Unitá* y vino a trabajar para Einaudi.

Dos años más tarde, por encargo de la editorial, Calvino y yo fuimos a Stresa a ver Hemingway. Estábamos contentos de ir, aunque algo asustados por si rechazaba la entrevista. Nos introdujeron en su habitación. Junto a una mesita –ignoro por qué– iluminada por unas velas, fuimos capaces de decirle cuánto nos había gustado *Montañas como elefantes blancos*.

Calvino solía traernos a Pavese y a mí sus cuentos para que los leyéramos. Los escribía en un minuto, de un tirón, llenos de tachaduras. Me sobrecogían con su particular finura, con sus paisajes risueños bañados por la brillante luz del sol; a veces trataban de guerra, de muerte, de sangre, pero nada parecía hacerles perder sus brillantes colores; ninguna sombra oscurecía los bosques de hojas verdes, repletos de niños, animales, y pájaros. El estilo de Calvino fue directo y puro desde el principio, con los años se volvió cristalino. La realidad, en este estilo fresco y transparente, parecía estar salpicada por miles de luces de colores, lo que parecía constituir un milagro en sí mismo, pues trataba de ser severo, riguroso y frugal escribiendo, y el propio mundo que intentábamos describir quedaba sumido en la niebla, la lluvia y las cenizas.

Cuando Pavese se suicidó vivimos la tragedia juntos; Calvino, Felice Balbo, Giulio Einaudi y yo. A través de los años esta tragedia nos mantuvo unidos, encerrada en lo más profundo de las raíces de nuestra relación. Otras pérdidas nos unieron de la misma manera, incluso cuando llegamos a vivir en ciudades distintas y nuestras vidas se separaron.

III

Calvino publicó sus **Le Fiabe Italiane** en 1956. Creo que esta recopilación de cuentos populares italianos es el mejor libro infantil que se ha publicado en Italia desde **Pinocho**. Debería leerse en las escuelas. A lo mejor ya es el caso; si así es, debería leerse más. El estilo es rápido y transparente. Se puede aprender a ser concreto, conciso, y una brillantez ligera como una pluma al leerlo. La misma atmósfera brillante y festiva y soleada que baña **El Vizconde demediado** y sus primeros cuentos lo impregna todo.

De todo lo que se han publicado en recuerdo de Calvino siento que el de Pietro Citti es el más acertado, porque reconozco en sus palabras a Calvino tal como era, tanto de joven como en lo que se convirtió después. No es que cambiara mucho, físicamente hablando; en realidad, siempre fue un niño. Pero en algún momento su mente y su espíritu cambiaron profundamente. Y, por lo menos que yo sepa, éste es un hecho del que Citati es el único que se ha dado cuenta. No sabemos cuáles fueron las razones de esta transformación, cuáles fueron los procesos que la indujeron. Si en algo se notaba, era en la manera de andar de Calvino, en su sonrisa, en su manera de mirarte. Y se reflejaba en su forma de escribir.

Citati escribe: «Sín descanso, y con una tenacidad siempre creciente, con una capacidad extraordinaria para captar y transmitir las vibraciones. «Calvino rastreó en esta zona oscura de nuestra existencia que yace oculta detrás de nuestros sentimientos y pensamientos, buscando en las grietas, en las profundidades y abismos del espíritu». Y más adelante: «Su mente experimentó un cambio profundo. Se convirtió en la mente más compleja, laberíntica, envolvente y arquitectónica de toda la literatura moderna italiana... Dejó de poder afirmar o excluir nada, ya que cada afirmación generaba su propia negación, y cada negación a su vez su propia afirmación, así una y otra vez, en un movimiento vertiginoso que a veces le volvía incapaz de hablar o de escribir».

Poco a poco, los paisajes verdes y frondosos, la nieve reluciente, la brillante luz del día, fueron desapareciendo de los libros de Calvino. Una luz nueva se filtra a través de sus libros, pero ni soleada ni brillante, sino blanca; no exactamente fría, sino más bien totalmente deshabitada. Seguía habiendo ironía, pero imperceptible, sin alegría de vivir, blanca y desierta como la luna.

IV

Sin embargo, en **Las Ciudades Invisibles**, su mejor libro en mi opinión; esta evolución es bien visible. El mundo aparece allí radiante, múltiple, salpicado de miríadas de colores, ciertamente, pero parece que la mirada, que contempla y busca, esté a punto de alejarse para siempre. A partir de ahora esta mirada se iluminará en otra parte, pero ya no en la brillante infinitud del cielo y del mar o en la confusión de los asuntos de los hombres; a partir de ahora buscará la inmensidad en otra parte, en los caparazones de los insectos o en las hendiduras de las piedras –«las grietas, las profundidades, los abismos del espíritu». El sufrimiento de la memoria se ha condensado en torno a las «ciudades invisibles» del título del libro. En las obras restantes Calvino la memoria está ausente, o, cuando aparece, nunca es dolorosa. Aquí, en estas «ciudades invisibles», no soñadas sino *recordadas*, señorea la memoria dolorosa de un tiempo que jamás volverá. El sol se pone por encima de las ciudades, imponente detrás del cielo, enorme, resplandeciente, plagado de los errores de los hombres, rebosante de bienes y comestibles de todo tipo, el imperio de las golondrinas y de las ratas. Y los ojos que lo miran mandan una despedida a un mundo muy querido, a bordo de un barco que, impulsado por sus velas, se hace rápidamente a la mar.

Traducción de Thomas Kauf

De el *Corriere della Sera*